

RESISTIENDO LA CIVILIZACIÓN O DESDEÑANDO EL PROGRESO * INTRODUCCIÓN

Miquel Izard **

Colonización y amasijo de elementos procedentes de cuatro continentes explican, en parte, la diversidad cultural americana. Sus analistas suelen tener en cuenta el sustrato aborigen y sucesivas aportaciones, impuestas o aceptadas, europeas, africanas y asiáticas.

La violencia de la conquista, la colonización y la implantación del liberalismo contrasta con la impresionante resistencia y/o el rechazo, y éste se vio favorecido por la antagónica distribución, frente a la coetánea en Europa, de las sociedades americanas cuando se perpetró la agresión: poco más del 9% del territorio ocupado por estados excedentarios, mientras la mayor parte del Nuevo Mundo, cerca del 90%, era señoreado por naciones autosuficientes, de cazadores/recolectores. Sociedades llamadas también armónicas, no conflictivas, autodeterminadas o comunitarias.

Peculiar distribución –contadas regiones con una notable densidad, y casi todo el territorio, no controlado por los agresores, con muy escasa población– que brindó a los recalcitrantes, hasta finales del siglo pasado, un colosal santuario, casi tan extenso como el Continente.

La Historia Oficial (en adelante HO) –poca cosa más que discurso del sistema y validación del poder– sólo tiene en cuenta, al describir el siglo XIX, la implantación de la nueva sociedad, capitalista, presentada como natural, irremediable, beneficiosa y progresista y ninguna resistencia, de nativos o afroamericanos de las nuevas repúblicas, y rechazo, de naciones sin estado o sociedades cimarronas. Rescatar el rol jugado por quienes se opusieron a –o desdeñaron– la consolidación de la opción excedentaria no sólo ayudaría a comprender el pasado más inmediato, además, facilitaría una primera aproximación al conocimiento de gentes, sociedades o naciones con proyectos alternativos.

* La sección *Resistiendo la civilización o desdeñando el progreso* continuará en el ANUARIO del IEHS #11 con las colaboraciones de Ronald Wright, Dolores Juliano y Miquel Izard, coordinador de la sección.

** Universidad de Barcelona.

La prepotente y omnipresente HO es, por añadidura, desmedido obstáculo que impide captar el pasado y son bastantes los que de forma reiterada vuelven a preguntarse no sólo *para qué* sirve la historia, sino en esencia a *quién* sirve. Por mi parte, no tengo apuro en repetirlo, encuentro más pistas entre creadores que entre académicos.

Dice Isabel Allende, *De amor y de sombra*, mentando cueva donde se enterraron víctimas de la dictadura chilena, que los soldados «usaron cargas de dinamita para borrar la mina del paisaje, pretendiendo eliminarla también de la Historia»; mientras Ronald Wright encabeza su excelente *Continentes robados* con una lapidaria sentencia de Samuel Butler «Dios no puede alterar el pasado, los historiadores, sí».¹

A raíz del encarcelamiento de Carlos Andrés Pérez *El País* publicó una semblanza sin firma, «CAP o el precio de una ambición desmedida», que terminaba enfatizando, «Muy pendiente de su imagen internacional [y acusado de enriquecimiento ilícito, confesó] no tener interés en el dinero sino en la proyección de su figura. No tuvo empacho en proclamar: «Tengo hambre de historia».² O, dicho de otra forma, está dispuesto a lo que haga falta para salir favorecido en los anales.

El estudiante del film *La historia oficial* de Luis Puenzo le endilga a la protagonista y profesora, «La historia la escriben los asesinos», aunque en reciente reseña en *Babelia* de *El País* se sostenía, no la escriben los vencedores, pero éstos suelen interesar a muchos historiadores; y yo aún precisaría más, acostumbran a fascinarse, en exclusiva, con los triunfadores de entre los ganadores, mientras menosprecian a los perdedores y ningunean a los vencidos. Daniel Vidart es, por su parte, tajante, «Los vencedores cuentan la historia de tal modo que los vencidos verdaderamente merecen serlo por sus defectos, sus pecados y sus transgresiones a la ley y a la moral de los verdaderos hombres, esto es, de los que logran imponerse con el favor de Dios y de sus indiscutibles virtudes».³

Pero suficientes colegas son también contundentes. Fernanda Romeu Alfaro encabeza el libro, que debió editarse ella misma, diciendo: «Para que no olvidemos lo que somos, detengámonos hoy y recordemos; ya que vivimos en una sociedad construida sobre la mentira y la ambigüedad», y sería bueno evocar que políticos, banqueros, jefes eclesiásticos y demasiados historiadores son maestros del engaño.⁴ El estudioso del arte Ivan Gaskell es más incisivo: «Por historia entiendo el discurso elaborado por los historiadores y no «el pasado».⁵ Y añadiría que este discurso –y su relación con lo ocurrido– dependerá en buena parte del compromiso de cada historiador y del cariz de los sucesos con los que deba enfrentarse.

¹ Subtitulado AMÉRICA VISTA POR LOS INDIOS DESDE 1492, Madrid, 1994, Anaya & M. Muchnik, 496 pp.

² Madrid, 19/05/1994.

³ LOS MUERTOS Y SUS SOMBRAS. CINCO SIGLOS DE AMÉRICA, Montevideo, 1993, Ediciones de la Banda Oriental, 316 pp., cita en p.40.

⁴ EL SILENCIO ROTO. MUJERES CONTRA EL FRANQUISMO, Madrid, 1944. Rosa Montero dice en nota al respecto ("Las trece rosas" EL PAÍS SEMANAL, Madrid, 182, 14/08/1994) «Sé bien que el pacto tácito de no revanchismo nos ha llevado de la dictadura a la democracia sin un coste de sangre: pero una cosa es la enriquecedora tolerancia y otra cosa la amnesia colectiva», sorprendiéndose y lamentando las dificultades enfrentadas por la autora para conseguir editor, si bien a mí me asombra la admiración de la periodista, demasiadas instituciones y las empresas afines están interesadas en sepultar nuestro más próximo pasado en la fosa común del olvido.»

⁵ "Historia de las imágenes", en P. Burke (ed.), FORMAS DE HACER HISTORIA, Madrid, Alianza, 1993, p. 209.

Por todo ello se han solicitado estas monografías, para revelar dos variantes del fraude perpetrado por la HO en relación con el pasado americano: escamoteo de resistencia o rechazo a la colonización y violencia con el lenguaje mentando sojuzgados, esclavizados, exterminados o insurgentes, y pensaría que el escamoteo presenta tres modalidades, de las que desearía citar unos casos, bien poco ejemplares por cierto.

Ocultación, táctica del avestruz, no mencionar concretos hechos del pasado con el vano propósito de que a fuerza de silenciarlos la gente llegue a pensar que jamás ocurrieron. *El viajero universal*, a él aludiré en seguida, concluye con «Descripción de la provincia de Venezuela» de José de Castro y Araoz, contador mayor de Maracaibo y persona de confianza del segundo intendente Francisco de Saavedra; además de muchos datos demográficos, señala que la futura Venezuela a principios del siglo 16, «Estaba habitada [...] de innumerable gentío de diversas naciones que vivían sujetas a su cacique, pero las mudanzas del tiempo y la continua extracción de indios en los principios, por espacio de más de 20 años, para las islas de Barlovento y otras partes, han disminuido mucho su número».⁶ La caza de nativos y su venta como mano de obra forzada, en las primeras décadas, las de la esclavización y el despilfarro, o a lo largo de todo el período colonial, está sobradamente documentada y Alonso de Ojeda estuvo harto implicado en la trata en Tierra Firme.⁷ Sin embargo, un pretencioso, documentado y extenso trabajo del profesor Demetrio Ramos pertrechado con abrumadora cantidad de detalles puntuales, geográficos o jurídicos, apenas lo menciona, pero sostiene, «Es este momento de 1500-1501 el de las grandes decisiones, una de las cuales —que no debe ser pasada por alto, sino medirse como se merece— fue la rotunda denuncia a la fórmula lucrativa que ofreció Colón [...] al rechazarse airadamente el transporte a la Península de cargamentos de indígenas para venderlos como esclavos. Renuncia que hubo de resultar tanto más asombrosa, cuanto entonces se practicaba ese comercio con los negros, extraídos de Africa, como la cosa más normal».⁸

Ofuscación o confusión, marear la perdiz para aturdir, segunda variante, introduce elementos contradictorios e incoherentes y consigue que se acabe no entendiendo nada en absoluto y se pierda la capacidad de discernir. La rapidez con que se conquistaron el ámbito azteca y el Tawantisuyu, dos estados excedentarios y tributarios, contrasta con la resistencia presentada por naciones autosuficientes, lo que implicó un sinfín de contrariedades y supuso que, Occidente, a finales del siglo XVIII, controlara casi el mismo territorio que había sojuzgado en las primeras décadas de la agresión. La Corona, exasperada por el fiasco, decidió delegar la conquista a misioneros, que cosecharon fracaso idéntico al de los militares; ello ayudaría a comprender el cariz humillante, injurioso y peyorativo de la mayoría de los escritos de aquéllos, anhelando satanizar a gentes tan tercas y porfiadas en su rechazo a la

⁶ Universidad de Granada, *EL VIAJERO UNIVERSAL (1795-1801). LA DESCRIPCIÓN DEL TERRITORIO VENEZOLANO*, estudio preliminar de Antonio Ignacio Laserna Gaitán, Granada, 1994, pp. 216-217.

⁷ No es abrumadora, pero más que suficiente, la cantidad de trabajos sobre el tema, de entre los que podría citar Mario Góngora, *LOS GRUPOS DE CONQUISTADORES EN TIERRA FIRME, 1509-1530. FISONOMÍA DE UN TIPO DE CONQUISTA*, Santiago, 1962, Universidad de Chile, 149 pp.; Alvaro Jara, *GUERRA Y SOCIEDAD EN CHILE*, Santiago, 1971, Editorial Universitaria, 255 pp.; Julio C. Salas, *LOS INDIOS CARIBES. ESTUDIO SOBRE EL ORIGEN DEL MITO DE LA ANTROPOFAGIA*, Madrid, 1920, Editorial América, 235 pp.; Silvio Zavala, *LOS ESCLAVOS INDIOS EN NUEVA ESPAÑA*, México, 1968, El Colegio Nacional, 461 pp.

⁸ *AUDACIA, NEGOCIOS Y POLÍTICA EN LOS VIAJES ESPAÑOLES DE DESCUBRIMIENTO Y RESCATE*, Valladolid, 1981, Casa-Museo de Colón y Universidad de Valladolid, 626 pp., cita en p.174. Le habría bastado consultar dos obras, de Jara y Zavala, mencionadas en la nota 7.

propaganda cristiana. *El viajero universal* que mencioné es emblemático; la mayoría del texto es copia de *El Orinoco ilustrado y defendido*, del jesuita José de Gumilla, publicado por primera vez en 1741, en el que sostiene exabruptos como: «Cualquier hormiguero [...] se gobierna con mejor regularidad y régimen que cada una de las muchas naciones que he tratado»; los salivas «son gentes mansas, benignas y cobardes»; o asegura que, las madres matan a la inmensa mayoría de sus hijas lo que, «junto con el uso de dar veneno y con la frecuencia de las guerras, tengo por causas proporcionadas para que aquellas naciones no sean, ni puedan ser, numerosas durante su gentilica barbaridad./ Fuera de estas tres causas tan poderosas, hay otras que concurren a la disminución de los gentiles. Por ejemplo: la ninguna piedad que tienen con sus enfermos; otra, la voracidad con que comen cuando hallan la ocasión; tercera, la desnudez y desabrigo; cuarta, el arrojar al río a lavarse aunque estén sudando; y otros usos, todos contra la salud». Y añade, «De modo que la luz evangélica, no sólo les acarrea la vida eterna, sino también la temporal, desterrando guerras y venenos y atajando la crueldad de las madres. Estas son las verdaderas causas de la despoblación de América, y no la pretendida crueldad de los españoles, como suponen algunos extranjeros superficiales y malignos». De este caso concreto no sólo quiero referir hipérbolos del jesuita, sino también de su editor, quien afirma, pongo por caso, aceptando si más el parecer de Gumilla y tras mencionar el «altruismo» de los misioneros, «la reducción a la vida civil de los nativos redundará en una mejora de la esperanza de vida y en la calidad de la misma». Califica de «aspectos menos positivos de la existencia de aquellas tribus», la «ausencia de creencias espirituales estructuradas». O acepta el sorprendente aserto de que los nativos carecían «de las más rudimentarias nociones de medicina y salud»; lo que se habría debido a falta de ilustración.⁹ Menéndez Pidal falto de mejores razones para refutar a las Casas recurrió a la argucia de anatematizarlo por loco o megalómano.¹⁰ Molina Martínez, en un libro emblemático, asevera algo indemostrable, estaban los conquistadores «convencidos de que la crueldad de la guerra estaba justificada, precisamente, para lograr la implantación de la fe cristiana» o la «sodomía [...] escandalizó sobremanera a los españoles. Ante ella reaccionaron de forma violenta: el castigo consistía en que los autores fuesen devorados por los perros». Lo que además es mentira, pues la homosexualidad era usual en Castilla como en todas partes. Menciona un insólito «consabido carácter tutelar y paternalista que marcó las relaciones entre el español y el indio». O, como le ocurría a Franco, confunde el país con los gobernantes, las críticas a la colonización se deberían a «los enemigos de España» o serían consecuencia de una «actitud sociológica, fuertemente arraigada, de pura negatividad hacia lo español».¹¹

⁹ EL VIAJERO UNIVERSAL, pp. 66, 85, 134 y 143-144 y 32 y 33. El profesor Pedro Borges Morán defiende la misma tesis, los misioneros cristianizaron y civilizaron, véase, pongo por caso, MISIÓN Y CIVILIZACIÓN EN AMÉRICA, Madrid, 1986, Alhambra, 296 pp.

¹⁰ Y sostenía con un léxico concreto, «Para descrédito de la utopía lascasiana florecía una Nueva España, donde gobernantes y misioneros practicaban y depuraban la encomienda, donde los indios habían salido de una edad prehistórica, de la edad de piedra, con antropofagia y sacrificios humanos para entrar en una vida civilizada, enriquecida ya con los mejores vegetales y animales útiles del mundo viejo y con las instituciones creadas por la vieja cultura, comenzando por la encomienda y llegando hasta la imprenta y los colegios mayores; una España Nueva donde gobernantes, obispos y misioneros sembraban catequesis, colegios, talleres y hospitales para los indios», EL PADRE LAS CASAS. SU DOBLE PERSONALIDAD, Madrid, 1963, Espasa-Calpe, p. 73 y *passim*. Cfr. Lewis Hanke, ESTUDIOS SOBRE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y SOBRE LA LUCHA POR LA JUSTICIA EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA, Caracas, 1968, UCV, pp. 398-428.

¹¹ LA LEYENDA NEGRA, Madrid, 1991, Nerea, pp. 29, 37, 85 y 139-140.

Tergiversación, dar gato por liebre, tercera variante y quizá la más sofisticada consiste, sencillamente, en falsear la realidad e intercambiar conceptos, valores o calificativos. Todos los cronistas abusaron de esta patraña, así José de Oviedo y Baños que, a pesar de confesar no querer citar con detalle atrocidades de los conquistadores, «procedimientos [...] que por su enormidad deja en silencio la pluma», transmite cantidad conmovedora de referencias sobre esclavización de aborígenes, violencia y sadismo, abusos sexuales o perros utilizados como verdugos, y es capaz de permutar calificativos al mentar agredidos y agresores; se refiere a aquéllos citando traiciones y alevosías o les llama malos, pérfidos, falsos, bárbaros, astutos, cobardes, vengativos, sobervios, protervos, inhumanos o dice que no tenían piedad ni conocían la clemencia provocando sus delitos la cólera española. Mientras los segundos, los agresores, eran nobles pacíficos, justicieros, pundonorosos, valerosos o prudentes, que llevaban a cabo hazañas gloriosas. Y empieza el antepenúltimo capítulo, referido a 1586, enfatizando, entonces «fenecidas todas las expediciones militares que fueron necesarias para la total conquista, y pacificación de la provincia, [era] cuando los vecinos debían gozar en las conveniencias del reposo los apetecibles frutos de la paz, que a costa de los desperdicios de su sangre había llegado a conseguir el infatigable tesón de su constancia».¹²

Fuera absurdo y vano intentar un análisis sobre el calibre y cariz de rechazo o resistencia sin tener presente la acometida que se intentó contrarrestar. Por ello vuelvo una vez más a evocar, a pesar de haberlas mencionado más de una vez, las infamias, violencias, perversidades y el sadismo de la agresión castellana, las mismas que perpetraron otros conquistadores occidentales e innegables a pesar de que haya intentado escamotearlas la Leyenda apologética y legitimizadora sobre conquista y colonización (en adelante *Lal*). Por supuesto ni dispongo de espacio suficiente ni este es lugar adecuado, pero bastarán algunas referencias; dos coetáneas de los hechos y dos estudios asaz añejos como para que los ofiantes de la *Lal* no puedan alegar ignorancia, si no es prevaricando. Pedro Mártir de Anglería mencionando el ataque de Ojeda a una aldea del interior donde se habían retirado fugitivos de un poblado de la costa, cerca de la futura Cartagena, dice de los acosados «Arremetieron desesperadamente con sus huéspedes contra los nuestros, teniendo en cuenta principalmente la calamidad de los que se habían refugiado entre ellos por el raptó de los hijos y mujeres, y por los despojos y la ruina que se les causó».¹³ Eu su manual para militares que iban a las Indias, Bernardo de Vargas Machuca, en capítulo «Prevención de bastimentos», evoca «la ayuda tan importante de los perros en defensa de nuestros españoles [...] pues tanto provecho han hecho, de que hay larga experiencia, como se ha visto en la pacificación [sic] de Costarrica, Veragua, Santa Marta [...] que es donde más se ha usado de ellos, por haber sido los indios muy belicosos y traidores [...]. Mucho teme el indio al caballo y al arcabuz, pero más teme al perro, que en oyendo el ladrido, no para».¹⁴ Julio César Salas, profesor de la Universidad de Mérida, Venezuela, en su libro ya citado, que podría tenerse por clásico de la desmitificación, describió la verdadera catadura de Ojeda, la esclavización de

¹² HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA, Caracas, 1824, Imprenta de Domingo Navas Spínola, 667 pp.; citas en pp.188, 372, 374, 386, 391-92, 394, 401, 407, 410-11, 416, 418,435, 443-446, 489, 497, 532, 540-544, 555, 557, 559-60 y 597.

¹³ DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO, Buenos Aires, 1944, Editorial Bajel, 675 pp.; cita, década 2ª, libro 1º, pp.121-122.

¹⁴ MILICIA Y DESCRIPCIÓN DE LAS INDIAS, Madrid, 1892, Libr. de V. Suárez, 2 vols., cita en I, pp.156-162.

tantos nativos de Tierra Firme o el uso y abuso de mentiras y falsedades y evocó desde un buen principio aventureros españoles que «a nombre de los puros principios de cristianismo y de la civilización vertieron torrentes de sangre, que aún clama para que se establezca la verdad y se borre la infamia que pesa sobre aquellos pueblos antiguos que acogieron a los blancos como seres sobrenaturales, venidos del Cielo»; y añade «Como lobos carnívoros sobre tímido rebaño, robando y matando a nombre de la civilización, acudió a América la turba aventurera, a sus ojos fue delito que los aborígenes, ejerciendo un derecho natural, defendiesen sus tierras del saqueo y repeliesen la injusta agresión; sólo se oyó a los victimarios; a las víctimas no se les entendía ni oían sus quejas».¹⁵

Alberto Mario Salas, oficiante de la *Lal*, reconoció a pesar de ello el rol jugado por los canes, «Si sólo fuese el padre las Casas el que nos dice que los españoles acostumbraban a cebar sus perros con carne de indios podríamos poner en duda la noticia del dominico como exagerada. Pero Cieza asegura haber visto en Cartagena «a un portugués llamado Roque Martín, que tenía en la percha colgados cuartos de indios para cebar perros, como si fueran de bestias fieras». Más allá enfatiza, «El choque de perros e indios era sangriento y cruel como pocos», e insiste, «El perro no fue empleado solamente como un arma [...] sino que se los usó también para aperrear, es decir para ajusticiar [...]. Hallaba el conquistador, en la fiera del perro y en el terror que inspiraba, la manera de hacer escarmientos inolvidables, que no lograba con la horca, la hoguera, ni con arma hispánica alguna. Hizo además, las veces del potro o del fuego lento, ya que sus colmillos sirvieron para apresurar confesiones».¹⁶ Vinculaciones entre canes y nativos van más allá; también en Nueva España se esclavizaron cantidad notable de nativos, tan menospreciados que el cabildo mandó, 3 de abril de 1527, que sus dueños debían enterrar sus cadáveres «y no echarlos en la laguna ni en las calles ni en otra parte donde pudieran despedir hedor». Por su parte el obispo Zumárraga, carta de 27 de agosto de 1529, denunciando el trato que recibían, aconsejaba al rey, entre otras cosas, «que a lo menos se provea cómo [los dueños] no tengan tanta libertad para tratarlos como si fueran perros y aún peor».¹⁷

Cetrándome ya en resistencia o rechazo a la colonización occidental me atrevo a proponer una primera tipología:

Forzados al engaño,

sucesores de sociedades nativas excedentarias con estado; devinieron agricultores, obrajeros o mineros en la colonia; obligados a fingir y simular, perseveraron en un rechazo esencialmente cultural, conservando cuantos elementos pudieran de la suya, ni que fuera de forma sumergida, si bien cada vez que la opresión alcanzó cotas intolerable protagonizaron pírricas y sobrecogedoras revueltas.

Irreductibles subversivos,

descendientes de esclavos, legalmente libres tras la manumisión, no sólo rehusaron seguir en el sistema productivo anterior, además elaboraron nuevos usos y costumbres, ejes de su sistema lúdico, girando sobre el ocio, el hedonismo o la solidaridad.

¹⁵ LOS INDIOS CARIBES, pp. 13 y 53.

¹⁶ LAS ARMAS DE LA CONQUISTA, Buenos Aires, EMECE, 1950, pp.160-161, 162, 163-169.

¹⁷ Cfr. Zavala, LOS ESCLAVOS INDIOS, pp. 10 y 20.

Recalcitrantes,

miembros de naciones autosuficientes, «sin dios, sin rey y sin ley», defendieron, aunque eran pacíficos por naturaleza, con las armas en la mano y durante buena parte del siglo XIX su territorio y una ancestral manera de ser que no querían abandonar ya que satisfacía sus necesidades y resolvía sus problemas.

Insurgentes obstinados,

gentes de sociedades cimarronas, amalgama de nativos, africanos, mestizos o blancos; habiendo creado una cultura nueva, resistente y alternativa se vieron obligados a defenderla, junto con su territorio, combatiendo, aunque eran también pacíficos.

A pesar de lo dicho previamente, a pesar de que es abrumadora e inagotable la cantidad de publicaciones de la Lal, contrastando con las pocas que denunciaron o han denunciado la canallada (dado el papel jugado por los canes), éstas son más que suficientes y merced a los que persisten en la misma línea se han podido realizar estas entregas. Por otra parte se ha querido contar con Ronald Wright, pues tanto como las imposturas de la HO maravillan, a contrario, realismo y sutileza de tantos creadores que, sin pretender elaborar ensayos descriptivos dan cantidad considerable de información o son capaces, con unas cuantas pinceladas, de proyectar una vívida imagen de una realidad y un mundo mágicos, difíciles de captar, que los académicos no saben aprehender.